Barcos Oxidándose

Conrado Tostado

Háblame de piratas, sí, de barcos oxidándose en canales holandeses entre paseos de bicicletas, háblame de marineros hindúes escupiendo desde la cubierta de los petroleros, háblame de los altavoces del puerto de Buenos Aires y de sus cargadores agrupados, ansiosos, esperando un número, háblame de los camarotes de los marineros, llenos de recortes de revistas pornográficas, háblame del marinero solo en su litera, tal vez encendiendo un cigarro (tiene que agacharse, casi colgarse de su litera para alcanzar el cenicero allá abajo, en la mesita de noche de fierro despintado) y se queda un momento pensando seriamente, sólo un momento, hasta que el ruido de las letrinas lo despierta, háblame de niños llorando en los brazos de sus madres en caletas soporíferas del Caribe. Háblame de esto mientras cruzamos una calle, háblame de esto y sacude tu cigarrillo eventual en el cenicero. Me gustaría que nos viéramos entre luces de neón, en el ruido de los grandes comedores brutales del Nueva York de los años treinta. Vengo aquí, a la sala pequeña de jazz con mesas cuadradas llenas de quemaduras de cigarrillos y manchas de cerveza y pienso que me gustaría que me hablaras de puertos lejanos que te recuerdan otros puertos, mientras los marineros oyen una radio extranjera en la cocina, tarde en la noche, bajo un foco desnudo. Oigo este bajo profundo como brochazos de tinta en un lienzo fresco y siento casi la sirena de los transbordadores en la madrugada, de barcos pesqueros entre olas gruesas. La puerta se abre, háblame de veleros holandeses abriendo estelas anchísimas en deltas de nombres olvidados, háblame de las luces verdes y rojas de los barcos en el estrecho del Bósforo. La puerta se cierra con el humo, te veo casi leer los periódicos en un café, una mañana de luz verde olorosa a manzana, te veo atravesar aérea el pasto, háblame del obrero de Valparaíso que decide enrolarse en un barco, háblame del carguero griego entrando en el puerto de Durban y el ayudante de mecánico espera ansioso en la cubierta algo de lo que los demás ríen. Ven, y mientras esperamos la luz roja del semáforo, dime de cuál puerto la entrada es difícil, dime cómo se ve Singapur de noche. Entro en la noche fosforescente, los ceniceros llenos de ceniza de cigarrillos que no fumé, las sillas desordenadas, voy al fondo del café con las luces apagadas y encuentro una caja de cartón. Háblame de los senderos estrechos de los acantilados ingleses. Una ventana se abre en la noche, un trasatlántico entra en el puerto, sus sirenas lo anuncian, un hombre mayor, un obrero del puerto, lee a estas horas un periódico cerca de su ventana, en el radio se oye la voz deformada de una cantante portuguesa. Te veo subir por la banda rodante del aeropuerto. Sí, cuéntame de mujeres en cuarterías de puertos en decadencia levantar la mesa en la noche del marido ebrio de vino y acomodar, sobre una consola vieja, los útiles escolares de los niños. Veo casi el puente magnífico del puerto de Lisboa y los astilleros de Alfama con la dignidad de un arco del infierno, mientras el ferry se acerca a la gran plaza desierta. Quisiera llorar esta noche sobre el hombro de una mujer de marinero, quisiera embriagarme y ver a mis amigos orinar en una calle tortuosa de la ciudad, quisiera llegar a mi casa, después de altas escaleras y encontrar los periódicos abiertos en la página de empleos. Dime cómo gritan los cargadores de Calcuta cuando suben costales a las bodegas de los barcos, sobre tablas de madera, dime qué comen en la calle los estibadores de Istambul, háblame del capitán del petrolero, oyendo el radio en su cabina, entre cuadernos con gruesos forros de plástico mientras entra a Riga. Siento ahora batir las puertas, con sus agarraderas de latón, en medio del estruendo de este inmenso restorán parisino y el mesero nervioso pregunta cuántos somos y nos lleva al fondo. Oigo el llanto de la niña violada. Quisiera caminar contigo una mañana por los jardines del Schömbrunn y ver los altos muros de vegetación con sus derrumbes y sus estatuas, como poemas surrealistas. Háblame de la clave morse captada una noche en el radio, de barcos comunicándose entre ellos, háblame de todo esta noche en la sala del marinero, con sillones forrados de plástico e imágenes piadosas en muros descarapelados. Camino como un sonámbulo con las manos en los bolsillos. Los niños roban vasos de agua en un café de Veracruz bajo ventiladores blancos, los montacargas saltan al cruzar las vías del tren. Camino esta noche y me gustaría acercarme a Bilbao y me acerco al Havre, con su puerta oceánica al trasatlántico (oigo el ruido del dominó sobre mesas gastadas de madera) y el trasatlántico con su quilla afilada y alta hacia América (unas señoras delgadas suben difícilmente la escalerilla). Me gustaría acercarme a Bilbao y me acerco a Istambul, con su olor a menta y a grasa de cordero. Me gustaría acercarme a Bilbao y me acerco a Durban. Háblame de muchachos enredando cuerdas de nylon anaranjado en la proa vasta de cargueros registrados en Liberia por compañías americanas. Háblame de gritos nocturnos en muelles desiertos. Me acerco a Bilbao por su semejanza con un barrio de Broadway, por una cúpula verde oxidada. Háblame de ingenieros navales pensativos en oficinas con pisos de linóleum. Salgo casi a tropiezos a la banqueta desierta y silenciosa, la sombra de los árboles es casi eléctrica, ya no pasan tranvías a esta hora.

ERROR IMPORTANTE

Por un lamentable error, en el número anterior omitimos el nombre del traductor de *La nueva arqueología* de Nigel Davies. Les pedimos a Gerardo Deniz y a nuestros lectores que nos disculpen.